

# EL TRATAMIENTO PARÓDICO DE LA HISTORIA TRASCENDENTE DE LA LITERATURA CABALLERESCA EN EL *QUIJOTE*

Santiago Alfonso López Navia

## *El concepto de «historia trascendente» en la literatura caballeresca*

La lectura de los libros de caballerías nos demuestra que sus protagonistas están viviendo, con todos y cada uno de sus actos, una historia que trasciende sus limitados poderes terrenales y les marca un destino que ellos, conscientemente en muchas ocasiones, están obligados a cumplir. Las manifestaciones textuales de esto que nosotros denominamos «historia trascendente» —y que en parte responde aproximadamente, creemos, a lo que Gérard Genette denomina «récit prédicatif»<sup>1</sup>— consisten las más de las veces en profecías que determinados personajes con poderes mágicos revelan al caballero andante, comunicándole los secretos inevitables de su destino. La historia se anticipa precisamente de esta forma y resulta ser así una «historia impuesta» que el caballero está fatalmente abocado a sufrir por la infalibilidad del mago o adivino que, aislada o regularmente, desciende al mundo del personaje convertido en objeto de su seguimiento.

Creemos que la «historia trascendente» es susceptible de estudio prestando atención a dos objetos de interés en todo caso complementarios, cuales son la forma y el contenido de sus manifestaciones.

Desde el punto de vista formal distinguimos manifestaciones de naturaleza textual y manifestaciones producidas en el contexto de una aventura, entendiendo aquí «aventura» en el sentido original que adquiere en la literatura caballeresca artúrica en tanto acontecimiento, azar o peligro afrontados o presenciados por el caballero andante.<sup>2</sup> Las manifestaciones de naturaleza textual pueden consistir en revelaciones directas e indirectas. Entre las primeras son especialmente significativas las profecías emitidas por los sabios y encantadores a cuyo cargo se encuentra el caballero, y no cabe la menor duda de que Merlín, clara reminiscencia de la magia drúidica principalmente representada por el dios celta Cernunnos, es el

---

1. Cfr. *Figures*, III, París, Seuil, 1966, 229.

2. Seguimos a este respecto los comentarios propuestos por Victoria Ciriot en su edición de *El Bello Desconocido* de Renaut de Beaujeu, Madrid, Siruela, 1986, 99, n. 9.

principal modelo de mago con atribuciones proféticas. Sus primeros vaticinios, pronunciados en la corte del rey Vortegirn, aparecen precisamente en el libro en el que es mencionado por primera vez, la *Historia Regum Britanniae* de Geoffrey de Monmouth,<sup>3</sup> escrita en el siglo XII. El acierto de sus profecías, constantemente presentes en las aventuras del rey Arturo y los caballeros de la Tabla Redonda, es innegable a pesar de la aparente contradicción que se aprecia en su forma, como se demuestra en el momento en que el mago profetiza, a instancias de su hermana Ganieda, tres muertes distintas para una misma persona, dándose la circunstancia de que en su día las tres formas de muerte se darían combinadas.<sup>4</sup>

El patrón de Merlín es representado, dentro de la literatura caballerescas hispánica, muy especialmente por Urganda la Desconocida en el *Amadís de Gaula*. En sus palabras se halla el germen de los sucesos que irán sellando el destino de los protagonistas, dimensión fatal de una historia preescrita que particularmente Amadís está abocado a cumplir. Urganda anticipa el desenlace de la batalla de Lisuarte y Cildadán;<sup>5</sup> anuncia al primero, abuelo de Esplandián, la suerte heroica que le tocará correr a su nieto en el futuro,<sup>6</sup> y lo que es más significativo, llega a explicar ocasionalmente el sentido de sus propias profecías haciendo uso, para no extenderse innecesariamente, de la curiosa licencia de remitir al lector a la parte de la historia en la que se detallan los acontecimientos que suponen el cumplimiento de sus vaticinios. Esto puede hacer pensar, sorprendentemente, que Urganda conoce incluso los detalles de la escritura de la historia en la que se contienen las hazañas de los caballeros que toma bajo su protección, lo que refuerza, por si aún tuviéramos pocas muestras, su poderosa omnisciencia. Incluso su desaparición de la escena narrativa al final de la obra está acompañada por una nueva intervención de carácter profético en la que se resume la futura historia de sus personajes, y muy en especial las circunstancias en las que Esplandián tomará el relevo del protagonismo de su padre Amadís.<sup>7</sup>

Las profecías pueden igualmente ser manifestadas por otros personajes que no participan del estatuto de sabios o encantadores anteriormente propuesto. Se trata, a veces, de personajes encantados, como Symeu, sobrino de José de Arimatea, que le comunica a Lanzarote que alguien de su linaje —por supuesto se refiere a su propio hijo Galaz— acabará con el encantamiento que pesa sobre la tumba en la que está encerrado y no puede descansar.<sup>8</sup> En otras ocasiones tenemos que hablar de personajes que, como en *La búsqueda del Santo Grial*, obra del siglo XIII incardinada en la *Vulgata* artúrica, aparecen de forma imprevista cumpliendo la función de conectar el ámbito superior de la historia trascendente con el mundo de la caballería andante para presentar a Galaz y anunciarlo como el

3. Cfr. Geoffrey de Monmouth, *Historia de los Reyes de Britania* (edición de Luis Alberto de Cuenca), Madrid, Siruela, 1987, 106-122.

4. Cfr. Geoffrey de Monmouth, *Vida de Merlín* (edición de Lois C. Pérez de Castro y Carlos García Gual), Madrid, Siruela, 1986, 14-17.

5. Cfr. Garci Rodríguez de Montalvo, *Amadís de Gaula* (edición de José Manuel Cacho Blecaua), Madrid, Castalia, 1982, libro segundo, v. I, cap. LVII, 813.

6. Cfr. *Amadís de Gaula*, ed. cit., libro tercero, v. II, cap. LXXI, 1.108-1.109.

7. *Ibid.*, libro cuarto, v. II, cap. CXXXIII, 1.762-1.763.

8. Cfr. *Lanzarote del Lago* (edición de Carlos Alvar), Madrid, Alianza, 1988, v. IV: 951 ss.

Caballero Deseado a quien están destinadas las más altas aventuras.<sup>9</sup> No faltan incluso revelaciones proféticas pronunciadas por personajes relacionados con los orígenes de la caballería; tal es el caso de Josofes, hijo de José de Arimatea, quien entrega al rey Ewallach el escudo marcado con su sangre que, según sus palabras, está también destinado única y exclusivamente a Galaz.<sup>10</sup>

Dentro de las revelaciones textuales directas son también destacables los textos proféticos escritos sobre lugares u objetos mágicos. Estos textos pueden ser fijos o variables, según que su contenido o no siempre el mismo.

Los textos fijos se manifiestan tanto en lugares como en objetos. Los lugares pueden ser espacios naturales o espacios enriquecidos por connotaciones sacras. Entre los primeros es muy destacable la roca de las llanuras de Salisbury, en la que se lee la profecía fatal sobre la muerte del rey Arturo.<sup>11</sup> El mismo John Steinbeck conservará en *Los hechos del rey Arturo*, obra de nuestro siglo, una variante de la tradición original al situar inscripciones de advertencia dirigidas a los caballeros y situadas en encrucijadas y en la entrada de valles que significan el contexto de aventuras caballerescas.

Por lo que respecta a los lugares relacionados con el ámbito sacro, el ciclo artúrico supone un interesante objeto de estudio que facilita un acopio de muestras suficiente. Así, aparecen textos en las tumbas, como ocurre en la del abuelo de Lanzarote del Lago, el rey Lanzarote, cuya cabeza, según la leyenda que reza literalmente en el lugar, no podrá volver a unirse al cuerpo del que está separada hasta que su propio nieto, presentado por la profecía como «el mejor caballero», no acabe con el encantamiento.<sup>12</sup> Al mismo tipo de manifestaciones textuales pertenecen las letras que pueden leerse en la nave en la que Galaz y Perceval parten hacia las aventuras finales de la búsqueda del Grial y que advierten a sus potenciales futuros ocupantes de la necesidad de observar la virtud de la fe para ser dignos de subir a bordo.<sup>13</sup>

También pueden leerse textos de contenido profético de tipo invariable en determinados objetos, como la espada clavada encima del escalón que aparece flotando sobre el agua al pie del palacio de Arturo el día de Pentecostés y que, según la correspondiente inscripción, está reservada únicamente a Galaz, hijo de Lanzarote del Lago, a quien se anuncia como «mejor caballero del mundo».<sup>14</sup> Su mismísimo padre, que ahora vive su decadencia, rechaza cualquier intento de obtener la espada, demostrando de esta manera conocer su historia trascendente y ser coherente con sus limitaciones, ya reveladas en anteriores momentos de sus aventuras fracasadas.

Las manifestaciones textuales variables aparecen preferentemente en objetos singularizados por su significado sobrenatural. Nos parece especialmente destacable en este sentido el Asiento Peligroso de la Mesa Redonda, uno de los principa-

9. Cfr. *La búsqueda del Santo Grial* (edición de Carlos Alvar), Madrid, Alianza, 1986, cap. I, 21.

10. *Ibid.*, cap. I, 41 ss.

11. Cfr. *La muerte del rey Arturo* (edición de Carlos Alvar), Madrid, Alianza, 1986, § 178, 179.

12. Cfr. *Lanzarote del Lago*, ed. cit., v. VI, cap. CLXIV, 1.582.

13. Cfr. *La búsqueda del Santo Grial*, ed. cit., cap. IX, 194.

14. *Ibid.*, cap. I, 19.

les canales de transmisión de las profecías de Merlín tanto en el *Lanzarote en prosa* como en *La búsqueda del Santo Grial*, escritas entre los siglos XII y XIII. En este escaño misterioso pueden leerse, por ejemplo, los vaticinios sobre la muerte de Brumante el Orgullosos<sup>15</sup> o sobre el día en que será ocupado por Galaz,<sup>16</sup> para quien está reservado junto con la feliz consumación de las aventuras del Grial. A este mismo tipo de muestras literales se adscribe la espada que Perceval y Galaz encuentran en la nave antes mencionada, en la que pueden apreciarse todo tipo de advertencias orientadas a evitar que nadie, sino Galaz, el elegido, pueda ceñirla.<sup>17</sup>

Una última modalidad de las revelaciones textuales directas, probablemente la más peculiar, son los estigmas gráficos que aparecen en el cuerpo de Esplandián, el hijo de Amadís y Oriana, en cuyo pecho pueden leerse desde el mismo momento de su nacimiento, su nombre y el de su futura amada.<sup>18</sup>

Pero las revelaciones textuales pueden también ser indirectas. Tenemos, de esta manera, ejemplos de profecías atribuidas originalmente a los sabios o contenidas en los textos de la tradición caballerescas más antigua que son transmitidas o explicadas por terceros personajes. El maestro Heliés, por ejemplo, le resume a Galahot las profecías merlinianas sobre las razones por las cuales su entrañable amigo Lanzarote no llegará a ser el mejor caballero de la Mesa Redonda,<sup>19</sup> y algunos personajes incidentales actúan como portavoces de las profecías que rezan en las páginas de las historias remotas; tal es el caso del enano que advierte a Lanzarote a la entrada del Bosque Peligroso sobre las aventuras que le esperan y que sólo podrán ser acabadas por aquel que...

[...] está representado en los textos por la figura del león.<sup>20</sup>

La tradición profética, en cambio, sí reserva para Lanzarote aventuras como la de la Dolorosa Torre, cuyas «malvadas costumbres», según consta por «el testimonio de hombres sabios», serán erradicadas por un caballero que no será otro sino él mismo.<sup>21</sup> El sentido de esta tradición anónima, que se engrana profundamente con las raíces del cristianismo en *La búsqueda del Santo Grial*, es ocasionalmente comunicado por algún personaje, como la reina de la Tierra Devastada, tía de Perceval, que le revelará a su sobrino la historia del Grial y el nombre y las características del caballero destinado por la mismísima voluntad divina a llevar a buen fin la sagrada demanda.<sup>22</sup>

Hasta aquí hemos hablado de la modalidad textual de las manifestaciones de la historia trascendente. Conviene que a partir de ahora dediquemos nuestra atención a su presencia en el contexto de las aventuras caballerescas.

15. Cfr. *Lanzarote del Lago*, ed. cit., v. VII, cap. CLXXI, 1.716.

16. Cfr. *La búsqueda...*, ed. cit., cap. I, 18.

17. *Ibid.*, cap. IX, 195 ss.

18. Cfr. *Amadís de Gaula*, ed. cit., libro tercero, v. II, cap. LXVI, 1.004.

19. Cfr. *Lanzarote del Lago*, ed. cit., v. III, cap. LXXV, 687-688.

20. *Ibid.*, v. VI, CLXIV, 1.581.

21. *Ibid.*, v. III, cap. XCI, 826.

22. Cfr. *La búsqueda del Santo Grial*, ed. cit., cap. VI, 80 ss.

Sin menospreciar otras muestras literarias de indudable valor, encontramos en *Perlesvaus o el Alto Libro del Graal*,<sup>23</sup> texto anónimo del siglo XIII, un original muestrario de aventuras en cuyo marco se evidencia el destino inexorable que pesa sobre el protagonista. Hallamos aquí acontecimientos de corte simbólico que causan la admiración del caballero y son posteriormente interpretados en clave religiosa por un tercero que a su vez está dotado de los dones de sabiduría pertinentes: entre otros sucesos que obviamos, Perlesvaus se sorprende de ver en el bosque una pequeña bestia blanca en cuyo interior gruñen doce cachorros que acaban despedazándola junto a una cruz y luego huyen, tras lo cual un caballero y una doncella depositan su carne y su sangre en un recipiente; el rey Ermitaño, tío del protagonista, le aclara que la aventura simboliza la crucifixión del Salvador a manos de los «judíos de la Vieja Ley», y que el caballero y la doncella encarnan la voluntad divina del Padre, que desea impedir que el cuerpo de su Hijo sea mancillado.<sup>24</sup> A la fórmula anterior se opone la interpretación previa de las claves simbólicas que definen una futura aventura a la que el caballero habrá de enfrentarse con posterioridad: el rey Ermitaño le aclara a su sobrino poco después el simbolismo sagrado que entrañan los leones blanco y rojo que se encontrará a la puerta del Castillo Mortal en cuya capilla se aparecía el Grial hasta que la fortaleza cayó en manos del rey del Castillo Mortal, también tío de Perlesvaus y enemigo de la Nueva Ley.<sup>25</sup>

Después de esta explicación de las coordenadas sobrenaturales que van a regir los pasos de Perlesvaus, es el propio león blanco apostado a las puertas del castillo el que encarna, con sus revelaciones trascendentes, la fuerza mediadora que emana directamente de Dios. En el decurso de la aventura de la reconquista de la fortaleza para reintegrarla a su advocación cristiana original Perlesvaus conoce, por medio de la mirada del león, ventana de su pensamiento, cuáles son los pasos e iniciativas que deben regir sus movimientos.<sup>26</sup>

Puede darse el caso, por fin, de que los acontecimientos sobrenaturales sean inmediatamente explicados por una voz de procedencia misteriosa que desentraña el significado del suceso, como la que el día de Pentecostés explica al rey Arturo, desde una ventana de su castillo de Carduel, la razón de ser de los dos soles que brillan en el cielo, señal del triunfo de Perlesvaus, el Buen Caballero.<sup>27</sup>

En síntesis: la historia trascendente puede manifestarse de forma textual o en el marco de una aventura. Las muestras textuales pueden ser el resultado de revelaciones directas e indirectas. Las primeras pueden haber sido emitidas bien por sabios encantadores o por otros personajes de los que algunos están encantados, otros contactan el mundo de la historia trascendente con el de la caballería andante y otros están relacionados con sus mismos orígenes; pueden también consistir en inscripciones proféticas que aparecen en lugares mágicos, o revelarse

23. *Perlesvaus o el Alto Libro del Graal* (edición de Victoria Cirlot), Madrid, Siruela, 1986. Perlesvaus no es otro que el Perceval de la *Vulgata*.

24. *Ibid.*, rama IX, 221-223.

25. *Ibid.*, 225.

26. *Ibid.*, 228.

27. *Ibid.*, 231-232.

mediante estigmas. En cuanto a las revelaciones indirectas, pueden tratarse de profecías de sabios y contenidas en los textos, transmitidas o explicadas por terceras personas, o de vaticinios anónimos transmitidos por la tradición. Otras manifestaciones pueden producirse, por fin, en el transcurso de una aventura que puede tener contenido simbólico, dar paso a revelaciones trascendentes canalizadas por diversos medios, o consistir en acontecimientos sobrenaturales.

Todo lo que hasta este momento hemos estudiado tiene que ver con la forma en la cual se evidencian las muestras de la historia trascendente. Si además tenemos en cuenta el contenido de estas manifestaciones observaremos que en ellas se aprecian informaciones sobre el destino del caballero andante, las circunstancias que afectan a una determinada aventura, las condiciones necesarias para reestablecer un orden o una situación alterados, los datos que servirán para identificar a un determinado caballero elegido para una misión singular y, finalmente, la razón de ser de ciertos acontecimientos que sólo son comprensibles a partir de una interpretación simbólica.

### *La «historia trascendente» y el «Quijote»*

Sabemos que una de las claves del destino del caballero es la supuesta por la intercesión de un «sabio encantador» a cuyo cargo están la protección y el consejo del héroe. Don Quijote no quiere ser menos y está convencido, conocedor como es de lo común en la literatura caballerescas, de que para ser el caballero que él cree ser es imprescindible que haya un sabio que preste oídos a sus necesidades y se haga presente, por lo menos, en todas las circunstancias singulares que no se le antojen fácilmente explicables o puedan serlo teniendo en cuenta las mismas posibilidades mágicas. Por esta razón no vacila en suponer que el nombre que Sancho le da cuando se refiere a él como «Caballero de la Triste Figura» puede ser una manifestación de la voluntad de alguien a quien él se refiere como «el sabio a cuyo cargo debe de estar el escribir la historia de mis hazañas».<sup>28</sup> Y es que a Don Quijote, admirado por lo que él considera intervención de un sabio encantador en el rápido viaje que, siempre según su interpretación, ha realizado Sancho para ver a Dulcinea, no le cabe la menor duda de que...

[...] por fuerza le hay, y le ha de haber, so pena que yo no sería un buen caballero andante...<sup>29</sup>

La argumentación circular está muy clara: el buen caballero andante necesita de un sabio encantador que lo proteja, y la evidencia forzosa de la existencia de este sabio encantador garantiza la bondad del caballero.

Incluso los demás personajes tienen que asumir este código al interactuar con Don Quijote en su propio mundo. De esta manera, después de fingir ser los encantadores que no son para poder llamar la atención del caballero capturado,

28. *Quijote*, I (edición de Martín de Riquer), Barcelona, Planeta, 1980, cap. 19. A partir de ahora citamos refiriéndonos únicamente a la parte y al capítulo que en cada caso procedan.

29. *Ibid.*, I, 31.

el barbero debe simular que encarna la voz mágica del destino para que el protagonista acepte sin duda alguna su situación, y lo hace mediante una intervención que encierra una excelente imitación bufa de tantas manifestaciones proféticas protagonizadas por Urganda la Desconocida en el *Amadís*:

—¡Oh Caballero de la Triste Figura! No te dé afincamiento la prisión en que vas, porque así conviene para acabar más presto la aventura en que tu gran esfuerzo te puso. La cual se acabará cuando el furibundo león manchado con la blanca paloma tobosina yoguieren en uno, ya después de humilladas las altas cervices al blando yugo matrimoñesco; de cuyo inaudito consorcio saldrán a la luz del orbe los bravos cachorros, que imitarán las rumpantes garras del valeroso padre. Y esto será antes que el seguidor de la fugitiva ninfa haga dos vegadas la visita de las lucientes imágenes con su rápido y natural curso. Y tú, ¡oh el más noble y obediente escudero que tuvo espada en cinta, barbas en rostro y olfato en las narices!, no te desmaye ni descontente ver llevar así delante de tus ojos mismos a la flor de la caballería andante; que presto, si al plasmador del mundo le place, te verás tan alto y tan sublimado que no te conozcas, y no saldrán defraudadas las promesas que te ha fecho tu buen señor. Y asegúrote, de parte de la sabia Mentironiana, que tu salario te sea pagado, como lo verás por la obra; y sigue las pisadas del valeroso y encantado caballero; que conviene que vayas donde paréis entrambos. Y porque no me es lícito decir otra cosa, a Dios quedad; que yo me vuelvo adonde yo me sé.<sup>30</sup>

Entre todos los valores propios de esta parodia de los sistemas expresivos que definen la historia trascendente destacamos muy especialmente tres: el primero es la cómica recreación del lenguaje críptico y afectado que usan en sus apariciones los diversos portavoces del destino; en segundo lugar, el nombre mágico, interesadamente deformado, del emisor remoto de las revelaciones confiadas por el portavoz, que dice hablar en nombre de la sabia Mentironiana; por último, la hábil forma de preservar la aureola de lo ignoto con el misterio de la desaparición del fantasmagórico emisario, reforzado por lo indefinido de un mensaje emitido por alguien que «se vuelve adonde él se sabe». Todo ello es, en definitiva, lo que Don Quijote desea oír, o forma parte, cuando menos, de las palabras que en tales circunstancias sabe que puede oír cualquier caballero andante. De aquí que sea consecuente, en su contestación al mágico emisario, con el código con arreglo al cual se construye la profecía, teniendo en cuenta una vez más, como él mismo dice, «al sabio encantador que mis cosas tiene a cargo».

Otra cosa es que Don Quijote se extrañe por la falta de sintonía entre la palabra y la realidad específica que lo circunda, pero intenta explicárselo con argumentos tan poco impregnados de connotaciones mágicas como los que tienen que ver con la probable evolución histórica de los usos de la caballería andante y su adaptación a los nuevos tiempos. Sancho contribuirá también, con arreglo a su proceder habitual, tratando de racionalizar la naturaleza de las falsas apariciones con un punto de vista mucho más pragmático:

—Muchas y muy graves historias he yo leído de caballeros andantes; pero jamás he leído, ni visto, ni oído, que a los caballeros encantados los lleven desta manera y

30. *Ibid.*, I, 46.

con el espacio que prometen estos perezosos y tardíos animales; porque siempre los suelen llevar por los aires, con extraña ligereza, encerrados en alguna parda y oscura nube, o en algún carro de fuego, o ya sobre algún hipogrifo o otra bestia semejante; pero que me lleven a mí agora sobre un carro de bueyes, ¡vive Dios que me pone en confusión! Pero quizá la caballería y los encantos destes nuestros tiempos deben de seguir otro camino que siguieron los antiguos. Y también podría ser que, como yo soy nuevo caballero en el mundo, y el primero que ha resucitado el ya olvidado ejercicio de la caballería aventurera, también nuevamente se hayan inventado otros géneros de encantamientos y otros modos de llevar a los encantados. ¿Qué te parece desto, Sancho hijo?

—No sé yo lo que me parece —respondió Sancho—, por no ser tan leído como vuestra merced en las escrituras andantes; pero, con todo eso, osaría afirmar y jurar que estas visiones que por aquí andan, que no son del todo católicas.<sup>31</sup>

Pasemos ahora a estudiar un nuevo momento de tratamiento paródico de la historia trascendente en el que apreciamos algo tan conocido en la literatura caballeresca como lo es el hecho de que la bondad e importancia del caballero también están garantizadas por la magnitud de las empresas que se le reservan, como a lo largo del capítulo II, 23 se nos muestra mediante la invención quijotesca de la aventura de la cueva de Montesinos, puesta en duda sólo un capítulo después por el mismísimo Cide Hamete Benengeli. Todo lo que Don Quijote cuenta en su ensoñación está fielmente tomado de una de las principales manifestaciones de la historia trascendente en los libros de caballerías: la llegada del caballero elegido por el destino por su perfección deberá poner fin a los encantamientos de la cueva de Montesinos, quien le hace saber al protagonista que va a realizar, en efecto, una...

[...] hazaña sólo guardada para ser acometida de tu invencible corazón y de tu ánimo estupendo.<sup>32</sup>

Y por si fuera poco también se lo anuncia con otras palabras muy parecidas, pero más arraigadas en la tradición profética merliniana, al malogrado Durandarte, despojado de su corazón enamorado por su propio primo, que es quien ahora le habla mientras yace presa de su encantamiento de amor por Belerma:

Sabed que tenéis aquí en vuestra presencia, y abrid los ojos y veréislo, aquel gran caballero de quien tantas cosas tiene profetizadas el sabio Merlin: aquel don Quijote de la Mancha, digo, que de nuevo y con mayores ventajas que en los pasados siglos ha resucitado en los presentes la ya olvidada andante caballería, por cuyo medio y favor podría ser que nosotros fuésemos desencantados; que las grandes hazañas para los grandes hombres están guardadas.<sup>33</sup>

Nos parece especialmente destacable el tratamiento irónico de las circunstancias que concurren en el encantamiento. Toda la solemnidad de las palabras de ánimo que Montesinos dirige al encantado Durandarte ante la presencia consola-

31. *Ibid.*, I, 47.

32. *Ibid.*, II, 23.

33. *Ibid.*

dora de Don Quijote, es despojada de su grandilocuencia mediante la pincelada maestra que significa la respuesta del segundo:

Y cuando así no sea, respondió el lastimado Durandarte con voz desmayada y baja, cuando así no sea, ¡oh primo!, digo, paciencia y barajar.<sup>34</sup>

Puede muy bien apreciarse el efecto que produce un dicho popular ante el despliegue retórico del elocuente Montesinos. También la mágica presencia de Belerma es presentada en clave paródica con una referencia tan aparentemente simple como es la exclusión del «mal mensil» como causa de su semblante demacrado. El resultado está bien claro, y consiste en mezclar lo mítico con lo cotidiano, lo etéreo con lo que es común y cuya simple evocación puede resultar de dudoso gusto.

No menos sabrosa resulta la actitud de Sancho Panza ante la narración de las aventuras de su visionario señor. Por una parte justifica, remitiéndola al encantamiento, la desproporción de los detalles que tienen que ver con el transcurso del tiempo:

—Verdad debe de decir mi señor —dijo Sancho—; que como todas las cosas que le han sucedido son por encantamiento, quizá lo que a nosotros nos parece un hora, debe de parecer allá tres días con sus noches.<sup>35</sup>

Pero por otra parte racionaliza parcialmente la naturaleza del encantamiento mismo, reduciéndolo a la inspiración mágica y desestimando toda posibilidad de experiencia por parte de Don Quijote:

—Creo —respondió Sancho— que aquel Merlín o aquellos encantadores que encantaron a toda la chusma que vuestra merced dice que ha visto y comunicado allá bajo, le encajaron en el magín o la memoria toda esa máquina que nos ha contado, y todo aquello que por contar le queda.<sup>36</sup>

Quedará bien claro, en todo caso, que Sancho no concede crédito alguno a tan desmesurada invención:

—¡Oh santo Dios! —dijo a este tiempo dando una gran voz Sancho—. ¿Es posible que tal hay en el mundo, y que tengan en él tanta fuerza los encantadores y encantamientos, que hayan trocado el buen juicio de mi señor en una tan disparatada locura? ¡Oh señor, señor, por quien Dios es que vuestra merced mire por sí, y vuelva por su honra, y no dé crédito a esas vaciedades que le tienen menguado y descabalado el sentido!<sup>37</sup>

Por su parte, Don Quijote mezcla en su discurso a las labradoras que Sancho convirtió en Dulcinea y sus acompañantes en el capítulo II, 10 mediante un encantamiento fingido. También aquí notamos el filtro paródico cervantino: una de las labradoras pide dinero a Don Quijote para satisfacer las necesidades de la

34. *Ibid.*

35. *Ibid.*

36. *Ibid.*

37. *Ibid.*

pobre Dulcinea, lo que supone arruinar las dimensiones sobrenaturales del estado «ortodoxo» de encantamiento, sobre el que no pesan, o no deberían pesar, las muestras de la indignancia. Si a ello se suma que la mendicante se despidió de su benefactor con una grácil pirueta en lugar de la usual reverencia, nada más podemos pedir.

Con otra intención muy distinta, no tanto terapéutica como descarnadamente burlesca, los personajes que forman parte del ámbito del palacio ducal simulan aplicar las revelaciones sobrenaturales a las tareas de desencantamiento de la, por otra parte, jamás encantada Dulcinea. Don Quijote va a sentir ahora la inapelable obligación de ejecutar en las carnes de su escudero los designios del fingido Merlín:

—Yo soy Merlín, aquel que las historias dicen que tuve por mi padre al diablo (mentira autorizada de los tiempos), príncipe de la Mágica y monarca y archivo de la ciencia zoroástrica [...] ¡Oh tú, gloria y honor de cuantos visten las túnicas de acero y de diamante, luz y farol, sendero, norte y guía de aquellos que, dejando el torpe sueño y las ociosas plumas, se acomodan a usar el ejercicio intolerable de las sangrientas y pesadas armas! A ti digo, ¡oh varón como se debe por jamás alabado!; a ti, valiente juntamente y discreto don Quijote, de la Mancha esplendor, de España estrella, que para recobrar su estado primo la sin par Dulcinea del Toboso, es menester que Sancho, tu escudero, se dé tres mil azotes y trecientos en ambas sus valientes posaderas, al aire descubiertas, y de modo que le escuezan, le amarguen y le enfaden...<sup>38</sup>

Tanto la sección autopresentativa como la apostrófica de la intervención del falso Merlín aportan valores útiles al ambiente que se pretende crear. La primera garantiza la autoridad del trasmisor de la historia trascendente, y la segunda atesora la revelación del destino en una graciosa forma de responsabilidad y acontecimiento fatal para Sancho que ahora, por cierto, será quien discuta interesadamente los límites de la profecía mostrándose contrario a los métodos recomendados por Merlín. Por esta razón interviene también la tan fingida como falsamente encantada Dulcinea en una nueva perorata que, por estar compuesta en su mayor parte por insultos dirigidos a quien se niega a ser su benefactor, nos

38. *Ibid.*, II, 35.

ofrece una muestra más de la intención irónica de ridiculizar el código expresivo que la literatura caballeresca reserva comúnmente a este tipo de situaciones:

—¡Oh malaventurado escudero, alma de cántaro, corazón de alcornoque, de entrañas guijeñas y apedernaladas! [...], ladrón desuellacaros [...], enemigo del género humano [...], miserable y endurecido animal [...], socarrón y malintencionado monstruo...<sup>39</sup>

En el mismo sentido conviene entender las restantes intervenciones de Merlín, orientadas a algo tan poco común en la inflexibilidad que rige las fórmulas de desencantamiento como es el hecho de matizar, con la obligada colaboración de Sancho, las condiciones que determinan la ejecución de la que ahora se propone. Queda claro, así, que la cantidad prescrita de azotes convenientes en esta tesitura que Sancho asume como penitencia y mala ventura podrá ser cumplida como y cuando él quiera.

Tanto en la aventura del falso encantamiento de Don Quijote (I, 46), como en la entrada en escena del fingido Merlín (II, 35), podemos observar dos características comunes: la primera, que en ambas se involucra a Sancho Panza con la solicitud de cierta forma de anuencia en el primer caso y con el reclamo de su paciencia, en el sentido etimológico más puro, en el segundo; la segunda, que en estas dos simulaciones se impone una preparación de la aventura para adecuarla exageradamente a lo que se estila en los libros de caballerías, lo que, si lo pensamos bien, supone la vigencia de la ficción sobre la realidad y en cierto modo le da el triunfo a la literatura sobre la vida: el hidalgo Alonso Quijano cree que es un caballero y vive en la literatura, y los protagonistas de los fingimientos juegan a hacer que él se lo crea, entrando así en el ámbito literario del que, en definitiva, no dejan salir a Don Quijote.

El mismo Don Quijote, vencido por el Caballero de la Blanca Luna en la playa de Barcelona, acomoda los acontecimientos que presencia al entrar a su aldea, confundiendo la causalidad con la fatalidad:

[...] vio don Quijote que en las eras del lugar estaban riñendo dos mochachos, y el uno dijo al otro:

—No te canses, Periquillo, que no la has de ver en todos los días de tu vida.

Oyólo don Quijote, y dijo a Sancho:

—¿No adviertes, amigo, lo que aquel mochacho ha dicho: «no la has de ver en todos los días de tu vida»?

—Pues bien, ¿qué importa —respondió Sancho— que haya dicho eso el mochacho?

—¿Qué? —repitió don Quijote— ¿No ves tú que aplicando aquella palabra a mi intención, quiere significar que no tengo de ver más a Dulcinea?<sup>40</sup>

Idéntica observación conviene hacer a propósito de la aparición de la liebre fugitiva que se refugia en los pies del asno de Sancho, quien la pone en brazos de su señor:

39. *Ibid.*

40. *Ibid.*, II, 73.

*Malum signum! Malum signum!* Liebre huye; galgos la siguen: ¡Dulcinea no parece!<sup>41</sup>

Para un caballero andante se trataría de una «aventura» en el sentido clásico que el término adquiere en la literatura caballeresca, como anotamos al principio de nuestro trabajo, y Don Quijote la interpreta en virtud del sentir de su fracaso. Sancho trata de intervenir mediante la negación del discurso determinista que sustenta la perspectiva de su amo, y lo hace de dos formas. La primera consiste en algo que se nos antoja tan legítimamente propio de los usos caballerescos como lo es una contrainterpretación:

—Estraño es vuestra merced —dijo Sancho—; presupongamos que esta liebre es Dulcinea del Toboso y estos galgos que la persiguen son los mandrágoras encantados que la transformaron en labradora; ella huye, yo la cojo y la pongo en poder de vuestra merced, que la tiene en sus brazos y la regala: ¿qué mala señal es ésta, ni qué mal agüero se puede tomar de aquí?<sup>42</sup>

La segunda es una intervención directa en los factores que motivan la forzada interpretación de Don Quijote, sin restarle importancia a la contraargumentación moral que Sancho, racional una vez más, propone contra la superchería:

Los dos moachos de la pendencia se llegaron a ver la liebre, y al uno dellos preguntó Sancho que por qué reñían. Y fuele respondido por el que había dicho «no la verás más en toda tu vida», que él había tomado al otro moachos una jaula de grillos, la cual no pensaba volvérsela en toda su vida. Sacó Sancho cuatro cuartos de la faltriquera y dióselos al muchacho por la jaula, y púsosele en las manos a Don Quijote, diciendo:

—He aquí, señor, rompidos y desbaratados estos agüeros, que no tienen que ver más con nuestros sucesos, según que yo imagino, aunque tonto, que con las nubes de antaño. Y si no me acuerdo mal, he oído decir al cura de nuestro pueblo que no es de personas cristianas ni discretas mirar en estas niñerías; y aun vuesa merced mismo me lo dijo los días pasados...<sup>43</sup>

En conclusión, a diferencia de los sabios encantadores que rigen el destino de los caballeros andantes, y a pesar de las intuiciones literarias de Don Quijote a propósito de la inevitable existencia de uno que, según lo usual, esté al tanto de sus necesidades de héroe, el único sabio atento a sus andanzas, Cide Hamete Benengeli no es «encantador», sino sólo «historiador», y por lo tanto no es, en todos los sentidos, el sabio que Don Quijote necesita. Más aún: sabemos que en los primeros capítulos del *Quijote* de 1615 el mismo protagonista cuestiona la autoridad de su cronista desazonándose por su condición racial y las connotaciones negativas que a ésta se le atribuyen. O sea, que Don Quijote necesita precisamente un «sabio encantador», razón por la cual acepta sin réplica alguna los designios del fingido Merlín en el capítulo II, 35, por más que éstos sean evidentemente absurdos.

41. *Ibid.*

42. *Ibid.*

43. *Ibid.*

En segundo lugar, y a diferencia de los encantamientos que pesan sobre los personajes de los libros de caballerías, condicionados por profecías cuyo emisor sobrenatural se pierde las más de las veces en lo ignoto —el rey Lanzarote, abuelo del caballero del mismo nombre, o Symeu, sobrino de José de Arimatea, o el mismo rey Pescador— los encantamientos y profecías que tienen que ver con Don Quijote son fingidos, como el del capítulo I, 46, o fruto de la ensoñación del propio protagonista, como se puede apreciar fácilmente en el capítulo II, 23, en el que se nos narran las visiones de la cueva de Montesinos.

Y por último, a diferencia de las aventuras que viven los caballeros andantes, que son las más de las veces explicables en clave de interpretación simbólica, las que de este género cree vivir Don Quijote no son descifradas —recordemos la primera parte de nuestro estudio— por una voz escondida o por un venerable sabio que irrumpe en el escenario para desaparecer a continuación, y no pueden serlo porque, como se demuestra en el capítulo II, 73, están referidas a acontecimientos reales, cotidianos, y despojados por su simplicidad de toda impregnación sobrenatural.

Nada mejor que un Merlín que no lo es, unos encantadores fantasmagóricos que no lo son y unas aventuras que no tienen entidad de tales para complementar el tratamiento paródico de la historia trascendente que rige los destinos de un hidalgo que nunca fue armado caballero con arreglo a la ortodoxia que tantas veces él mismo se esfuerza en observar. Porque a pesar de la tan llevada y traída, y además indiscutible, oposición entre vida y literatura, en el *Quijote* se produce más frecuentemente el triunfo de «lo que no es» frente a «lo que es», o lo que es lo mismo, el triunfo de la literatura sobre la vida. Los personajes tienen que asumir el código literario si desean interactuar con Don Quijote. Esta actitud empática no está siempre condicionada por los mismos objetivos: no podemos equiparar la burla del falso Merlín y todas las que se incardinan en el contexto del palacio ducal con la discutible «buena intención» que guía las simulaciones del cura, el barbero, y los restantes personajes cuando actúan, por ejemplo, como la princesa Micomicona y su séquito y como encantadores que apresan al protagonista, o con la arriesgada iniciativa que, con idéntica actitud, protagoniza el bachiller Sansón Carrasco cuando, con desigual éxito, combate con Don Quijote asumiendo las identidades del Caballero del Bosque y de la Blanca Luna.

Porque todo ello, todo lo que es falsamente caballeresco, será por fin lo que propicie la derrota de un Don Quijote que tampoco triunfa en lo que sí podría aproximarse a las aventuras cuyo acabamiento muy bien podría reservarse para cualquier caballero andante de cualquier novela caballeresca. Y si no, ahí están las dolorosas palabras que en su reencuentro le dirige aquel mozo llamado Andrés, en cuya defensa salió el falsamente recién armado caballero al salir de la venta:

—Por amor de Dios, señor caballero andante, que si otra vez me encontrare, aunque vea que me hacen pedazos, no me socorra ni ayude, sino déjeme con mi desgracia; que no será tanta, que no sea mayor la que me vendrá de su ayuda de vuestra merced, a quien Dios maldiga, y a todos cuantos caballeros andantes han nacido en el mundo.<sup>44</sup>

44. *Ibid.*, I, 32.